

Guía de lectura y trabajo para el curso

Presocráticos I
el nacimiento de la filosofía y los
albores de la física

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: marzo de 2019
Segunda edición: septiembre 2025

*Guía de lectura y trabajo para el curso Los presocráticos I:
el nacimiento de la filosofía y los albores de la física*
Ana Maria C. Minecan

Colección: Guías de lectura para
los cursos del Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia
Madrid, 2025
www.anaminecan.com

ISBN-13: 979-8264701726

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

ÍNDICE

Clase 1 ¿Cómo estudiar a los presocráticos?	1
Clase 2 ¿Por qué surgió la filosofía?	15
Clase 3 El alfabeto griego: una nueva forma de pensar	31
Clase 4 Democracia, frontera y desacralización	41
Clase 5 El paso del mito al <i>lógos</i>	55
Clase 6 El primero en filosofar: Tales de Mileto	71
Clase 7 El Agua y el rechazo de los dioses	89
Clase 8 El alma de la naturaleza y el hilozoísmo	99
Clase 9 Anaximandro de Mileto y el ápeiron	115
Clase 10 Anaximandro y la estructura del cosmos	121
Clase 11 Anaximandro y el Origen de la Vida	125
Clase 12 Anaxímenes y el aire	129
Clase 13 Anaxímenes y el problema de la incognoscibilidad	133
Clase 14 Pitágoras: sincretismo e influjos orientales	137
Clase 15 La escuela pitagórica de Crotona	143
Clase 16 El ideal pitagórico de pureza	149
Clase 17 Acusmáticos y Matemáticos	157
Clase 18 El nacimiento de la Metafísica	163
Clase 19 El influjo del Orfismo sobre el Pitagorismo	167
Clase 20 Las sentencias acusmáticas	175

Clase 21 La música y la armonía del cosmos.....	181
Clase 22 El significado místico de los números.....	187
Clase 23 El primer modelo axiomático de occidente.....	193
Clase 24 El salto de la Geometría a la Física.....	199
Clase 25 El Descubrimiento de los números irracionales.....	204
Clase 26 Cosmología pitagórica	210
Clase 27 Heráclito “el oscuro”	216
Clase 28 El nacimiento de la epistemología	222
Clase 29 Guerra y Movimiento	228
Clase 30 El fuego y el devenir	234
Clase 31 Parménides y el juego de la lógica.....	242
Clase 32 El salto del no-ser al ser.....	248
Clase 33 Cómo describir el ser en versos	258
Bibliografía.....	266
Cuestiones para la meditación filosófica tras cada clase	276

CLASE 1 | ¿CÓMO ESTUDIAR A LOS PRESOCRÁTICOS?

Lejos de constituir un capítulo primitivo o sencillo, la filosofía griega arcaica¹ se revela como uno de los períodos más densos y

¹ Se denomina aquí “filosofía griega arcaica” al conjunto de formas de reflexión desarrolladas entre los siglos VIII y V a. C., en el horizonte histórico y cultural que va desde la poesía épica y teogónica de Homero y Hesíodo hasta la generación inmediatamente anterior a Sócrates. En este marco se incluyen habitualmente los poetas y “sabios” arcaicos —Homero, Hesíodo, los llamados Siete Sabios, Solón— así como los primeros pensadores de Jonia y de la Magna Grecia: Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Pitágoras y el pitagorismo primitivo, Jenófanes, Heráclito, Parménides y, según la periodización adoptada, Zenón y Meliso. Quedan fuera, en cambio —aunque los manuales suelen agruparlos bajo la rúbrica de “presocráticos”—, los grandes sofistas (Protágoras, Gorgias, etc.), los atomistas tardíos (Leucipo, Demócrito) y buena parte del pitagorismo de fines del siglo V y del IV a. C., plenamente inscritos ya en la cultura clásica y contemporáneos de Sócrates, Platón y Aristóteles. La idea de “época arcaica”, por su parte, procede de la periodización histórico-filológica de Grecia (del final de la llamada Edad Oscura hasta la consolidación de la pólis clásica) y ha sido afinada, entre otros, por estudios como los de Heuss y Most sobre el concepto de *période archaïque*. En historia de la filosofía, el uso del adjetivo “arcaico” para caracterizar este conjunto de pensadores se encuentra ya en trabajos de Reinhardt y Hoffmann de mediados del siglo XX. Por su parte, el nombre mismo de “filosofía presocrática” es una creación moderna: la primera aparición conocida se halla en un manual de historia universal de la filosofía de J. A. Eberhard publicado en 1788, y ha sido estudiada tanto por André Laks como

enigmáticos de toda la historia del pensamiento filosófico occidental. Comenzar su estudio exige, ante todo, una actitud crítica y una profunda toma de conciencia respecto a los múltiples desafíos metodológicos que su análisis implica.

Los presocráticos no solo nos resultan lejanos por el tiempo que nos separa de ellos —más de veinticinco siglos—, sino también por la profunda diferencia entre sus marcos culturales, cosmológicos y lingüísticos y los nuestros. No es posible entender su pensamiento aplicando categorías modernas sin caer en anacronismos. De ahí la necesidad de reconstruir cuidadosamente su contexto, su cosmovisión y sus presupuestos míticos y sociales. El segundo gran obstáculo que enfrentamos es la extrema fragmentariedad de las fuentes. No se conserva ninguna obra completa de un presocrático².

por diversos historiadores de la historiografía filosófica. Para una discusión sistemática del origen y la evolución de esta etiqueta pueden consultarse, entre otros, el volumen colectivo editado por A. Laks y C. Louquet, *Qu'est-ce que la philosophie présocratique? / What is Presocratic Philosophy?* (2000), y el libro de A. Laks, *The Concept of Presocratic Philosophy: Its Origin, Development, and Significance* (Princeton University Press, 2018).

² La investigación contemporánea coincide en que no ha llegado hasta nosotros ningún escrito presocrático en la forma de un libro íntegro, con su orden original y con una tradición manuscrita propia. Todo lo que poseemos son citas, paráfrasis y resúmenes insertos en obras de otros autores, además de algunos restos papirológicos tardíos. El caso de Parménides resulta paradigmático. Las fuentes antiguas hablan de un único poema didáctico, tradicionalmente titulado *Sobre la naturaleza*. De ese poema, que probablemente rondaba los 800 versos, se conservan hoy unos 160, todos ellos gracias a citas de autores posteriores, en especial Sexto Empírico y Simplicio. Algo similar ocurre con Heráclito. La tradición menciona un solo libro, también conocido convencionalmente como *Sobre la naturaleza*, hoy perdido. Lo que leemos son alrededor de un centenar largo de sentencias transmitidas por una constelación de autores que va de Platón y Aristóteles hasta escritores cristianos tardoantiguos. En el caso de Empédocles, sabemos por Diógenes Laercio que compuso dos poemas de unas cinco mil líneas en total, *Sobre la naturaleza* y las *Purificaciones*. Sin embargo, solo han sobrevivido unos 550 versos citados por fuentes posteriores, a los que se añaden unas decenas procedentes del llamado papiro de Estrasburgo, copiado ya en época imperial. A estos materiales se suman hallazgos excepcionales como el papiro de Derveni, un rollo del siglo IV a. C. que contiene un tratado filosófico redactado como comentario alegórico a un poema órfico de carácter teogónico. El texto refleja un entorno intelectual cercano

| Conceptos principales

Filosofía presocrática: Corriente de pensamiento nacida en el siglo VI a.C. en Grecia que, por primera vez, abordó el mundo natural, el ser humano y el cosmos desde un horizonte racional y no mítico.

Fragmento: Nombre que reciben las escasas citas textuales literales conservadas de los presocráticos, reproducidas por autores posteriores. Se consideran vestigios directos del pensamiento original, aunque descontextualizados.

Noticia (o testimonio): Relatos indirectos o descripciones sobre la vida o las doctrinas de los presocráticos transmitidas por autores de épocas posteriores. Son fuentes valiosas pero problemáticas por su carácter interpretativo y, a menudo, ideológicamente sesgado.

Doxografía: Literatura secundaria que recoge opiniones filosóficas de pensadores antiguos. Se basa en enumeraciones de doctrinas hechas

al de los presocráticos, pero no es la obra de ninguno de ellos en sentido estricto. En conjunto, ninguna obra presocrática ha llegado hasta nosotros en su propio rollo o códice independiente. Lo que hoy llamamos “textos presocráticos” son reconstrucciones filológicas a partir de citas, testimonios doxográficos y fragmentos de papiro, tal como ponen de relieve las grandes colecciones modernas de fragmentos y testimonio. Véase: Coxon, A. H. (2009). *The fragments of Parmenides: A critical text with introduction and translation, the ancient testimonia and a commentary* (Revised and expanded ed., R. D. McKirahan, Ed.). Parmenides Publishing. Gallop, D. (1984). *Parmenides of Elea: Fragments: A text and translation with an introduction*. University of Toronto Press. Kurfess, C. J. (2012). *The fragments of the poem of Parmenides*. University of Pittsburgh. Pelliccia, H. (1988). *The text of Parmenides B1.3 (D-K)*. American Journal of Philology, 109(4), 507–512. Palmer, J. (2020). *Parmenides*. In E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford encyclopedia of philosophy* (Winter 2020 ed.). Metaphysics Research Lab, Stanford University. Betegh, G. (2004). *The Derveni papyrus: Cosmology, theology and interpretation*. Cambridge University Press. Laks, A., & Most, G. W. (Eds.). (1997). *Studies on the Derveni papyrus*. Clarendon Press. Janko, R. (2001). *The Derveni papyrus (“Diagoras of Melos, Apopyrgizontes Logoi?”): A new translation*. Classical Philology, 96(1), 1–32.

por autores posteriores, no siempre fieles al sentido original de las mismas.

Anacronismo filosófico: Error que consiste en aplicar categorías, valores o conceptos actuales a pensadores de épocas remotas, desfigurando así el sentido auténtico de sus reflexiones.

| Fechas fundamentales

s. VI a. C.: Nacimiento de los primeros filósofos jónicos (Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes).

s. V a. C.: Desarrollo del pensamiento de Heráclito, Parménides y los pitagóricos.

s. IV a. C.: Redacción de las primeras obras filosóficas sistemáticas de Platón y Aristóteles, que recogen testimonios sobre los presocráticos.

s. I–II d. C.: Época romana: aparición de comentaristas como Séneca y Diógenes Laercio.

s. IX–XIII d. C.: Periodo medieval de transmisión y reinterpretación escolástica de los autores antiguos.

s. XIX–XX: Nacimiento de la filología moderna y de las ediciones críticas de fragmentos presocráticos (Diels-Kranz).

| Resumen

Iniciar el estudio de la filosofía presocrática requiere más que un repaso cronológico de nombres y doctrinas. Nos sitúa ante un universo profundamente alejado del nuestro, en el que los límites entre mitología, cosmovisión, ciencia y religión aún no estaban definidos, y donde el pensamiento se formulaba en clave poética, simbólica y metafísica. Lejos de constituir una etapa “inicial” en

sentido lineal, los presocráticos representan una ruptura radical con el imaginario mítico, que abre paso —por primera vez en la historia de Occidente— a un intento de explicación racional y crítica del mundo.

Sin embargo, abordar esta etapa filosófica es adentrarse en un terreno problemático desde múltiples perspectivas. En primer lugar, por la extrema lejanía temporal: más de veinticinco siglos nos separan de estos pensadores. Las formas de vida, las estructuras sociales, las lenguas y las categorías mentales han cambiado tanto que resulta imposible entenderlos sin una reconstrucción minuciosa de su contexto. Esto exige un esfuerzo hermenéutico constante, consciente del riesgo de anacronismo y de los límites de nuestras propias categorías interpretativas.

La distancia histórica no se reduce a un cómputo de siglos, es un cambio de mundo. Lenguas, rituales, instituciones, hábitos de pensamiento y horizontes de experiencia separan a los lectores actuales de las comunidades jónicas e itálicas. El léxico de los presocráticos no coincide con el vocabulario técnico posterior: palabras que hoy suenan filosóficas pertenecían entonces a campos semánticos más amplios, a menudo poéticos, religiosos o jurídicos. Evitar el anacronismo exige recomponer contextos, escuchar el ritmo propio del arcaísmo y resistir la tentación de traducir todas las ideas inmediatamente a categorías modernas. Una lectura razonable avanza por aproximaciones sucesivas, contrastando pasajes y cuidando de no convertir intuiciones sugestivas en doctrinas concluyentes.

El segundo gran obstáculo es material: se han perdido las obras. No ha llegado íntegro ningún tratado presocrático y lo que poseemos cabe, con facilidad, en unas pocas páginas por autor. Esto obliga a un trabajo de mosaico con teselas heterogéneas. Por un lado, *fragmentos* citados literalmente, por otro, *noticias* o testimonios que resumen, parafrasean o polemizan. Los fragmentos, por su

literalidad, parecen ofrecer un suelo firme sin embargo, su brevedad y el hecho de estar descontextualizados complican su sentido. Cada palabra pesa, cada coma puede haber sido alterada, cada metáfora reclama reconstrucción de usos paralelos.

Las *noticias*, por su parte, aportan continuidad narrativa y doctrinal a costa de interponer la voz de un tercero. Sin ellas sería inviable cualquier reconstrucción de conjunto, pero su lectura debe modularse por el género, la intención y la formación del autor que las transmite. Aquí se inserta la doxografía. La mayor parte del retrato de los presocráticos proviene de doxógrafos y comentaristas que vivieron siglos después.³ Esos autores escribían con fines

³ Llamamos doxografía (del griego δόξα, “opinión”, y γράφειν, “escribir”) al conjunto de textos antiguos que recopilan y ordenan las “opiniones” atribuidas a los filósofos sobre cuestiones doctrinales —los principios de la realidad, el alma, el cosmos, etc.— sin reproducir necesariamente las obras originales. Se trata un término moderno, sistematizado a partir de los estudios de H. Diels (*Doxographi Graeci*, 1879) y desarrollado en trabajos posteriores, que designa ese género de “escritura de doctrinas” que hoy constituye una de las vías principales de acceso a la filosofía presocrática. Para los presocráticos, el núcleo de esta tradición está formado, en primer lugar, por el llamado “doxógrafo Aecio”, cuyo compendio se ha perdido, pero puede reconstruirse a partir de dos grandes intermediarios: el tratado *Placita philosophorum* transmitido bajo el nombre de Plutarco (el llamado pseudo-Plutarco) y los extractos físicos y éticos (*Eclogae*) conservados en la antología de Estobeo. Estos catálogos organizan las doctrinas por temas (sobre los principios, sobre el alma, sobre el mundo, etc.) y yuxtaponen a cada cuestión una serie de nombres con sus respectivas dóxai. La reconstrucción de Aecio y del entramado de fuentes en el que se inserta se debe sobre todo al proyecto monumental de J. Mansfeld y D. T. Runia, *Aëtiana. The Method and Intellectual Context of a Doxographer*, hoy instrumento indispensable para el estudio de la doxografía antigua. Junto a esta línea “técnica” de compendios, desempeña un papel fundamental la obra de Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, que combina biografía, anécdotas y resúmenes doctrinales y transmite, en muchos casos, la única noticia continua que poseemos sobre determinados pensadores arcaicos. A ello se añaden los grandes comentaristas de época tardoantigua —en particular los neoplatónicos que comentan a Aristóteles, como Simplicio—, cuyos extensos comentarios a la Física y otros tratados conservan una proporción muy elevada de las citas literales que hoy atribuimos a los presocráticos. El recurso a estos doxógrafos es, por tanto, inevitable, pero no inocente: su manera de clasificar a los autores, de resumir sus doctrinas y de integrarlas en esquemas escolares posteriores condiciona fuertemente la imagen que

propios: organizar una tradición escolar, refutar adversarios, mostrar genealogías de opiniones, ilustrar un problema lógico o físico. El mismo dato puede adquirir color distinto en manos de Aristóteles, de un neoplatónico o de un moralista romano. No es raro que un doxógrafo simplifique tensiones internas, rellene huecos de manera sistemática o lea el pasado a través de categorías ajenas a la época arcaica. Por eso la comparación de fuentes es imprescindible: cotejar versiones, pesar autorías, detectar préstamos, distinguir lugares comunes de informaciones singulares. Las frecuentes contradicciones entre testimonios no deben, sin embargo, producir desánimo ya que representan, más bien, una oportunidad para delimitar lo que puede sostenerse, lo que es probable y lo que, sencillamente, ignoramos.

El problema se agrava por la cronología de las fuentes. Las referencias más antiguas son ya clásicas, escritas uno o dos siglos después de los últimos presocráticos. La fase romana y tardoantigua añade varios siglos más, con agendas teóricas muy distintas. La masa más abundante de textos procede de la Edad Media, separada por una media de ochocientos años de los originales.

Cada estrato impone sus prioridades. La exégesis filosófica de los peripatéticos, la enciclopedia moral y literaria de los romanos, la teología y la polémica doctrinal de los autores cristianos introducen desplazamientos sutiles o explícitos. El resultado es un retrato compuesto que hay que aprender a leer en profundidad, capa sobre capa.

Lo manuscrito añade otra vuelta de tuerca. La conservación de los textos dependió de copias sucesivas en talleres, monasterios y

tenemos de la filosofía presocrática. Buena parte de la investigación reciente — empezando por Aëtiana y por la síntesis “Doxography of Ancient Philosophy” de Mansfeld y Runia en la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*— se ha dedicado precisamente a desentrañar cómo se construyó esa tradición doxográfica y qué grado de confianza podemos concederle en cada caso.

escuelas. Las pérdidas de ciclos completos de transmisión, los saltos de siglos entre original y códices más antiguos, las familias divergentes de manuscritos y las correcciones acumuladas por lectores diligentes —o audaces— han dejado huellas. El ejemplo de Platón es ilustrativo: sus diálogos redactados en el s. V–IV a. C. se conocen, en la práctica, por copias medievales escasas y no idénticas entre sí. Las ediciones modernas, por tanto, no “descubren” originales intactos sino que nos proponen, con argumentos, una forma del texto conformada a partir de variantes y fragmentos.

Este contexto obliga a asumir que lo que hoy llamamos “filosofía presocrática” es una construcción, una re-construcción parcial basada en restos, citas descontextualizadas, traducciones modernas y reconstrucciones editoriales. La edición más influyente, la de Diels-Kranz⁴, es una clasificación filológica del siglo XIX que

4 Bajo la abreviatura “Diels-Kranz” se designa la gran colección de fragmentos y testimonios de los llamados presocráticos editada por Hermann Diels y revisada después por Walther Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker. Griechisch und deutsch* (1.^a ed. 1903, 6.^a ed. 1951–1952). La obra reúne en tres volúmenes las citas literales y los relatos indirectos sobre los primeros filósofos griegos, organizados por autores y divididos en tres secciones: los testimonios sobre la vida y la doctrina (A), los fragmentos considerados textuales (B) y, en algunos casos, una tercera serie de imitaciones o ecos (C). Esta edición sustituyó a repertorios decimonónicos como el de Mullach y se convirtió en el instrumento de trabajo estándar para el estudio de la filosofía griega temprana. Su influencia ha sido inmensa. Durante más de un siglo, el sistema de numeración introducido por Diels y Kranz ha funcionado como código compartido entre los especialistas, hasta el punto de que las siglas “DK” han pasado a ser una suerte de segundo nombre propio de los presocráticos. Indicar, por ejemplo, “Parménides DK 28 B 8” significa remitir a un pasaje preciso de la tradición, con independencia de la edición concreta utilizada. La selección de autores y textos fijada en *Die Fragmente der Vorsokratiker* ha contribuido además a reforzar la imagen misma de lo que cuenta como “presocrático” y ha proporcionado el andamiaje documental sobre el que se han construido manuales, historias de la filosofía antigua y monografías especializadas. Precisamente por esa centralidad, también se han hecho visibles sus límites. Diels-Kranz responde a criterios filológicos e historiográficos de comienzos del siglo XX y refleja una determinada manera de clasificar a los autores, de jerarquizar las fuentes y de separar, con excesiva nitidez, “fragmentos” y “testimonios”. La estructura de la obra favorece la lectura doctrinal de los presocráticos como pensadores aislados y relativamente sistemáticos

organiza los fragmentos según criterios contemporáneos. Si bien resulta imprescindible, no deja de ser una sistematización moderna que impone un cierto orden sobre un legado esencialmente disperso.

Otro problema crucial es el de la traducción. Los textos que hoy manejamos han sido traducidos desde el griego antiguo a distintas lenguas —siríaco, árabe, latín y lenguas romances modernas—, a lo largo de los siglos, según criterios semánticos, filosóficos e ideológicos variables. Las diferencias entre una traducción de los años 60 y una actual son abismales, lo que revela hasta qué punto la mediación del traductor modela el sentido mismo de los textos. El lenguaje no es un simple vehículo neutro: en filosofía, la elección de un término u otro puede cambiar radicalmente el horizonte conceptual en el que se inserta una idea.⁵ Por eso no basta con “una”

y deja en segundo plano otros materiales que hoy consideramos decisivos, como la recepción comediográfica, los contextos religiosos o la circulación de motivos en géneros no filosóficos. En reacción a estas limitaciones, nuevas colecciones han propuesto marcos alternativos, entre las que destaca *Early Greek Philosophy* de André Laks y Glenn W. Most, publicada en la Loeb Classical Library, que reorganiza el *corpus*, integra de otro modo los testimonios y ofrece una presentación bilingüe accesible para un público amplio. En este contexto se habla ya de “LM” como complemento crítico de “DK”, no tanto para sustituirlo cuanto para situarlo dentro de una historia más larga y compleja de la edición de los primeros filósofos griegos. Véase: Laks, A., & Most, G. W. (Eds. & Trans.). (2016). *Early Greek philosophy* (Vols. 1–9). Harvard University Press

⁵ Resulta extremadamente importante no perder de vista que cuando hablamos de *phýsis*, *psyché* o *lógos* en los presocráticos, no debemos hacer simplemente un “traspaso” automático a nuestras palabras “naturaleza”, “alma” o “razón”. Esos equivalentes son, en el mejor de los casos, aproximaciones convencionales a campos semánticos mucho más amplios y móviles. Así, *phýsis* puede designar tanto el proceso de brotar, crecer y desplegarse como el modo de ser propio de algo, y solo muy gradualmente se estabiliza en algo semejante a nuestra “naturaleza” física. La *psyché* no es todavía la “interioridad” reflexiva de la tradición cartesiana, sino principio de vida y de movimiento. El término *lógos* oscila entre “relato”, “cálculo”, “proporción” y “argumento”, antes de convertirse en el término técnico de la lógica o en noción teológica. De ahí que una parte esencial del trabajo hermenéutico consista en reconstruir, con la mayor precisión posible, el uso antiguo de estos vocablos: cómo aparecen en los poemas homéricos y hesiódicos, cómo se

traducción: es conveniente comparar, leer notas de traductor y, si es posible, examinar ediciones bilingües y comentarios especializados.

¿Cómo proceder, entonces? Ante todo, estableciendo una jerarquía crítica de fuentes. La literalidad de los fragmentos tiene prioridad, pero necesita ser interpretada a la luz de usos comparables y de un contexto mínimo plausible. Los testimonios se organizan por cercanía temporal, competencia filosófica y propósito del autor. Se distinguen géneros: no pesa igual un informe doxográfico neutral que una invectiva polémica, ni vale lo mismo una referencia técnica que un lugar común repetido. La contradicción entre noticias obliga a cartografiar alternativas, a mantener abiertas hipótesis y a renunciar a una cerradura exegética cuando los datos no la sostienen.

En segundo lugar, conviene reconocer la dimensión escolar y práctica del pensamiento arcaico. Lo que hoy llamamos “filosofía” en sentido moderno no era entonces una disciplina autosuficiente sino que aparecía entrelazada con la poesía, la religión cívica, la medicina, la cosmología mítica y los saberes técnicos. Muchos textos presocráticos circulaban como poemas, máximas o tratados breves. La escritura apuntaba a audiencias específicas y no a un

reconfiguran en los milesios, qué matices adquieren en Heráclito o Parménides, cómo se tecnifican en Aristóteles. Solo después tiene sentido traducirlos a nuestras lenguas modernas, sabiendo que todo equivalente arrastra consigo sedimentaciones cristianas, cartesianas o científicas, en estos tres casos, que pueden distorsionar la perspectiva arcaica si no se controlan críticamente. Herramientas filológicas como el *Liddell-Scott-Jones Greek-English Lexicon* permiten seguir diacrónicamente estos desplazamientos de sentido en el conjunto de la literatura griega. Las introducciones de Alberto Bernabé a sus *Fragmentos presocráticos* y de André Laks a la *Introducción a la filosofía “presocrática”* insisten precisamente en esta dimensión terminológica: advierten contra la tentación de leer la terminología arcaica como si fuera un reflejo temprano de nuestras categorías y subrayan la necesidad de situar los conceptos en el entramado de lenguas, rituales e instituciones de la pólis. En la misma línea, trabajos como los de Jean-Pierre Vernant sobre los orígenes del pensamiento griego y los estudios de G. E. R. Lloyd sobre la ciencia antigua muestran hasta qué punto los cambios semánticos de términos clave van ligados a transformaciones de las formas de vida, de las prácticas políticas y de los hábitos de argumentación.

público universal de lectores silenciosos. Ignorar estas condiciones de producción conduce a malentendidos: expectativas de sistematicidad, obsesión por definiciones rígidas o búsqueda de arquitecturas doctrinales que quizá nunca existieron.

En tercer lugar, hay que cuidar la relación entre filología e historia de las ideas. La primera aporta el rigor en la fijación del texto, la comparación de variantes y la datación, la segunda, el marco de problemas, las tradiciones de recepción y la evaluación de la originalidad. Separarlas empobrece. La investigación más sólida combina ambas: ediciones críticas que integran aparato razonado, traducciones con notas explicativas de las decisiones y monografías que reconstruyen debates sin borrar la incertidumbre.

No puede omitirse, finalmente, una advertencia sobre el lugar de la religión y el mito en la reconstrucción. La documentación antigua transmite críticas, burlas o condenas de autores arcaicos desde posiciones cristianas, neoplatónicas o estoicas. Un enfoque académico debe describir esas operaciones sin replicarlas. Corresponde examinar creencias y prácticas con respeto y distancia, explicando funciones sociales, lenguajes simbólicos y transformaciones doctrinales. La meta no es sino comprender aquello que los textos permiten entrever.

Por todo ello, estudiar a los presocráticos exige un tipo especial de atención: una actitud de apertura crítica, una prudencia hermenéutica que permita distinguir entre los niveles de discurso, entre lo que el autor original pudo haber dicho, lo que el comentarista creyó entender y lo que el traductor actual decidió ofrecer. Exige también asumir con honestidad que muchas preguntas no tienen respuesta definitiva y que parte del trabajo filosófico consiste en explorar con rigor los límites del saber.

Este curso, por tanto, no se limita a ofrecer doctrinas o resúmenes conceptuales, sino que pretende mostrar cómo se construye el conocimiento filosófico a partir de vestigios, cómo se

interpreta el archivo y cómo se piensa críticamente en contextos de incertidumbre. En ese sentido, los presocráticos no solo nos ofrecen una filosofía inaugural, sino también un método: nos enseñan a pensar desde el fragmento, desde la ausencia, desde la búsqueda constante del sentido en medio del silencio de los siglos.

| Bibliografía

Barringer, J. M. (2014). *The art and archaeology of ancient Greece*. Cambridge University Press.

Bernabé, A. (Ed. & Trans.). (2016). *Fragmentos presocráticos: De Tales a Demócrito* (4.^a ed.). Alianza.

Boardman, J. (2016). *Greek art* (5th ed.). Thames & Hudson.

Curd, P., & Graham, D. W. (Eds.). (2008). *The Oxford handbook of Presocratic philosophy*. Oxford University Press.

Graham, D. W. (Ed. & Trans.). (2010). *The texts of early Greek philosophy: The complete fragments and selected testimonies of the major Presocratics* (Vols. 1–2). Cambridge University Press.

Kirk, G. S., Raven, J. E., & Schofield, M. (1983). *The presocratic philosophers: A critical history with a selection of texts* (2nd ed.). Cambridge University Press.

Laks, A., & Most, G. W. (Eds. & Trans.). (2016). *Early Greek philosophy* (Vols. 1–9). Harvard University Press.

Long, A. A. (Ed.). (1999). *The Cambridge companion to early Greek philosophy*. Cambridge University Press.

Los filósofos presocráticos (Vols. 1–3). (2008). Gredos.

Mansfeld, J., & Runia, D. T. (1997–2020). *Aëtiana*. Brill.

Osborne, R. (1998). *Archaic and classical Greek art*. Oxford University Press.

Osborne, R. (2009). *Greece in the making 1200–479 BC* (2nd ed.). Routledge.

CLASE 2 | ¿POR QUÉ SURGIÓ LA FILOSOFÍA?

El surgimiento de la filosofía en la Grecia antigua no puede comprenderse como un fenómeno repentino ni como una creación espontánea de una mente singular. Por el contrario, fue el resultado de un largo y complejo proceso histórico, social y cultural que implicó profundas transformaciones políticas, económicas y simbólicas. Lejos de emerger en un vacío, la filosofía nace como respuesta a una serie de crisis y mutaciones que afectaron a las estructuras tradicionales del mundo egeo, especialmente tras la caída de las monarquías micénicas y el ocaso de la cultura palaciega.

Este proceso de génesis filosófica se articula en tres grandes fases: el período egeo, la Edad Oscura y el período arcaico. Cada uno de estos momentos aportó elementos decisivos a la configuración de las condiciones que permitieron, finalmente, el surgimiento de un pensamiento racional, crítico y sistemático, orientado a la comprensión del cosmos desde una perspectiva no mítica.

| Conceptos principales

Edad Oscura: Nombre con el que se designa al periodo comprendido entre el colapso de la civilización micénica y la reconfiguración de las ciudades-estado griegas. Se caracteriza por la pérdida de la escritura, el colapso del comercio y el aislamiento de las comunidades. Sin embargo, fue también un tiempo de germinación institucional que dio origen a nuevas formas de organización social.

Pólis: Unidad política y social característica del mundo griego arcaico y clásico. Nacida tras la desintegración del sistema monárquico, la *pólis* representó una nueva forma de vida comunitaria basada en la participación cívica, la deliberación y la autonomía. En su seno germinó la reflexión filosófica.

Alfabeto griego: Sistema de escritura adoptado y adaptado por los griegos a partir del alfabeto fenicio. Su gran novedad fue la incorporación de signos para representar las vocales, lo que facilitó una precisión inusitada en la expresión del pensamiento abstracto. Sin él, la filosofía griega tal como la conocemos habría sido inconcebible.

Aristocracia guerrera: Clase dirigente surgida tras la caída del mundo palacial micénico. Constituida por jefes militares que obtenían prestigio y poder mediante la defensa de la comunidad. Su aparición transformó las bases del poder, promoviendo una distribución más horizontal de la autoridad.

Proto-democracia: Término que designa las formas tempranas de deliberación colectiva que surgieron en las nuevas *pólis* griegas, especialmente a medida que los ejércitos se ampliaban con ciudadanos armados. Estas estructuras prefiguraron los principios fundamentales de la democracia clásica.

Ruptura epistémica: Cambio profundo en la forma de entender el conocimiento. En el caso griego, implica el paso de una cosmovisión mítica y simbólica a una interrogación racional sobre

la naturaleza, el ser y el orden del mundo. Es el umbral mismo del filosofar.

| Fechas fundamentales

c. 3000–1200 a. C. - Desarrollo de la civilización minoica y micénica en el Egeo. Formación de grandes centros palaciegos y uso de la escritura lineal A y B.

c. 1600–1100 a. C. - Apogeo de la civilización micénica. Organización monárquica teocrática con fuerte centralización política y económica.

c. 1100 a. C. - Colapso de la civilización micénica. Inicio de la "Edad Oscura" griega: abandono de las ciudades, desaparición de la escritura, crisis demográfica y cultural.

c. 900–800 a. C. - Reorganización en comunidades pequeñas. Origen de las primeras estructuras sociales que darán lugar a las pólis.

Siglo VIII a. C. - Renacimiento griego arcaico. Reaparición del comercio gracias a los fenicios, incremento demográfico y difusión del hierro.

c. 750 a. C. - Adopción del alfabeto fenicio y nacimiento del alfabeto griego. Nacimiento de la escritura fonética con vocales.

c. 700–600 a. C. - Consolidación de las pólis griegas. Expansión de modelos proto-democráticos y de participación ciudadana.

c. 624 a. C. - Nacimiento de Tales de Mileto. Figura fundacional del pensamiento filosófico occidental. Inicio convencional de la

filosofía griega.

| Resumen

La segunda clase nos propone una pregunta fundacional: ¿por qué surgió la filosofía en Grecia? La emergencia de la indagación filosófica en la costa jonia no fue un chispazo aislado ni el fruto exclusivo de talentos singulares. Se gestó en una larga transición que transformó el paisaje institucional, económico y simbólico del Egeo. Durante siglos, el poder se concentró en monarquías, ritos y decretos. Tras el colapso de aquel orden, una multitud de comunidades pequeñas debieron reinventar su forma de decidir, defenderse y recordar. En ese proceso cristalizó un marco nuevo: la ciudad (*pólis*) como espacio de deliberación, la escritura como tecnología de memoria pública y un horizonte intelectual que empezó a privilegiar regularidades, medidas y comparaciones. Allí se incubó la expectativa de razones compartibles, intersubjetivas, y, con ella, un modo de preguntar por causas y principios que reconoceremos como *filosofía*.

La última fase del mundo egeo estaba vertebrada por reinos micénicos⁶ de administración centralizada bajo la figura del ána-

⁶ Civilización de la Grecia continental de la Edad del Bronce final, con centros fortificados como Micenas, Tirinto, Pilos o Tebas, que floreció entre los siglos XVI y XII a. C. aproximadamente y colapsó hacia 1200 a. C. en el marco de las destrucciones que afectaron a todo el Mediterráneo oriental. La existencia arqueológica de este mundo fue redescubierta en el siglo XIX gracias a las excavaciones de Heinrich Schliemann en Micenas, donde, a partir de 1876, sacó a la luz las célebres tumbas de fosa y las murallas ciclópeas, y en Tirinto, cuyo gran palacio documentó poco después en una monografía hoy clásica. En el siglo XX otros trabajos completaron el mapa palacial: destacan las campañas de Carl Blegen en Ano Englianos, identificadas como el “Palacio de Néstor” en Pilos, que entre 1939 y 1969 revelaron un complejo administrativo de gran extensión con frescos, almacenes y un archivo de miles de tablillas de arcilla. Estas tablillas están escritas en lineal B. Para una introducción accesible a este universo son fundamentales el libro de John Chadwick, *The Mycenaean World*, y la síntesis de Oliver Dickinson, *La Edad del Bronce Egeo*, junto con el volumen colectivo *The Cambridge Companion to the Aegean Bronze Age*

(ἄναξ) más tarde, basileús (βασιλεὺς). La escritura lineal B servía a una contabilidad minuciosa, registraba raciones, entradas y salidas, y dependía de escribas al servicio del palacio. Santuarios, talleres y almacenes formaban un entramado de producción y redistribución. Esa economía y ese lenguaje del poder no necesitaban asambleas abiertas ni controversias públicas: el centro hablaba y la periferia obedecía.

El derrumbe de esta civilización hacia los siglos XII–XI a. C. interrumpió bruscamente esa continuidad. Las huellas materiales — palacios incendiados, despoblación, silencio de la escritura— no se dejan traducir con certeza en una causa única y clara: presiones demográficas, movimientos de pueblos, crisis climáticas y fallos de redes comerciales pudieron entrelazarse. Lo relevante, para nuestro estudio, es el efecto: desaparición de la burocracia palacial, ruptura de las rutas comerciales y de comunicación, contracción del intercambio y retorno a asentamientos pequeños que debían proveerse de defensa y subsistencia sin el amparo de un centro rector.⁷

editado por Cynthia W. Shelmerdine, que incluye capítulos específicos sobre la formación de los palacios y sobre la administración micénica, y estudios de conjunto sobre la economía y la política de los estados palaciales en obras como *Economy and Politics in the Mycenaean Palace States* o los trabajos de P. Halstead y C. W. Shelmerdine sobre la “palatial economy”. Véase: Chadwick, J. (1976). *The Mycenaean world*. Cambridge University Press. Dickinson, O. T. P. K. (1994). *The Aegean Bronze Age*. Cambridge University Press. Halstead, P. (1992). *The Mycenaean palatial economy: Making the most of the gaps in the evidence*. Proceedings of the Cambridge Philological Society, 38, 57–86. Schliemann, H. (1878). *Mycenae: A narrative of researches and discoveries at Mycenae and Tiryns*. Scribner, Armstrong and Company. Schliemann, H. (1885). *Tiryns: The prehistoric palace of the kings of Tiryns, the results of the latest excavations*. Charles Scribner's Sons.

⁷ Se denomina tradicionalmente “Edad Oscura” al período que se abre tras el colapso de los palacios micénicos y se cierra con el despegue del mundo arcaico, entre los siglos XII y VIII a. C. La investigación contemporánea, en cambio, prefiere hablar de “Edad del Hierro temprana” y situar el núcleo del problema entre c. 1100 y 750 a. C., subrayando que se trata de una fase de transición entre el Bronce final y la formación de las pólis arcaicas. El adjetivo “oscura” no alude tanto a una catástrofe

La pérdida de la escritura —del lineal B⁸— volvió la memoria frágil y local. Los relatos de procedencia, hazañas y agravios pasaron a depender de cantores y genealogías. El tejido social se reconfiguró alrededor de clanes guerreros y jefaturas que, por su misma precariedad, no podían garantizar una obediencia ilimitada.

homogénea como a la escasez inicial de testimonios escritos y a la dificultad de reconstruir el periodo. a partir casi exclusivamente de restos materiales. Desde el punto de vista arqueológico y cronológico, la Edad Oscura es un mosaico de etiquetas técnicas superpuestas: Submicénico, Protogeométrico, Geométrico temprano y medio. Los límites entre estos periodos dependen en gran medida de secuencias cerámicas regionales y de ajustes finos de datación que no siempre coinciden, lo que explica que diferentes manuales ofrezcan cronologías ligeramente distintas. La vieja imagen de un “vacío” casi total entre el 1200 y el 800 a. C. quedó matizada por los grandes estudios de síntesis de Desborough y Snodgrass y por obras posteriores que insistieron en la continuidad entre el Bronce final y la Edad del Hierro. En cuanto a las causas del colapso micénico y la configuración de la Edad Oscura, la investigación actual privilegia modelos de “colapso de sistemas” que combinan factores internos y externos. Se han propuesto tensiones sociales, cambios en las redes de intercambio, reorientaciones de paisajes agrarios y, más cautelosamente, posibles impactos climáticos, pero la tendencia es desconfiar de explicaciones monocausales y estudiar cómo ciertas regiones se retraen mientras otras, como Eubea o algunas zonas costeras, se convierten en focos de experimentación social y rearticulación de élites. Hoy se entiende la Edad Oscura menos como un paréntesis estéril que como un laboratorio en el que se gestan formas de asentamiento, redes de intercambio y prácticas culturales que preparan el terreno para la pólis arcaica. Véase: Bintliff, J. L. (2012). *The complete archaeology of Greece: From hunter gatherers to the twentieth century AD*. Wiley Blackwell. Capítulo “The Greek Early Iron Age and the concept of a ‘Dark Age’”. Deger-Jalkotzy, S., & Lemos, I. S. (Eds.). (2006). *Ancient Greece: From the Mycenaean palaces to the age of Homer*. Edinburgh University Press. Desborough, V. R. d’A. (1972). *The Greek dark ages*. St. Martin’s Press.

⁸ Con lineal B se designa el sistema de escritura usado en los palacios micénicos de la Grecia de la Edad del Bronce final. Fue descubierto en forma de tablillas de arcilla en Cnosos, Pilos, Micenas y otros centros. La mayor parte de los signos representan sílabas abiertas del tipo consonante más vocal, mientras que un conjunto de signos adicionales funciona como ideogramas que indican mercancías, animales, recipientes o unidades de medida. El soporte típico del lineal B son tablillas de arcilla cruda que se secaban al aire en los archivos palaciales. Paradójicamente, muchas de ellas se conservaron gracias a incendios que las cocieron de manera accidental. Su contenido es casi exclusivamente administrativo. Registra raciones de cereal, vino y aceite, censos de rebaños, listas de artesanos, ofrendas a divinidades y repartos de tierras. No conocemos literatura micénica escrita en lineal B.

Esa precariedad tuvo, sin embargo, una consecuencia fecunda. En ausencia de un soberano sacralizado capaz de imponer decisiones, la supervivencia reclamó coordinación entre pares. Consejos de notables, pactos entre casas y acuerdos de defensa compartida sustituyeron a la orden del palacio. De esa práctica emergieron gestos que se harían familiares: discutir en círculo, escuchar objeciones, fijar turnos de palabra, dirimir disputas con arbitrajes aceptados por las partes. La autoridad se desplazó, poco a poco, del linaje al mérito en la tarea común. No se trata de imaginar una “democracia” primigenia, sino de reconocer que la defensa y la cosecha exigen previsión y reglas, y que las reglas requieren fórmulas públicas de aceptación. Sobre esta base crecieron las instituciones que más tarde confluirían en la *pólis*.

La reactivación de las redes mediterráneas, cuando el intercambio volvió a latir, añadió materiales nuevos a ese aprendizaje. Los fenicios⁹ aportaron una infraestructura comercial

⁹ Los griegos llamaban a estos pueblos *phoinikes*, plural de *phoînix*. El término está emparentado con una familia de significados griegos que incluyen el color rojo oscuro o púrpura y la palmera datilera. La explicación tradicional sostiene que los griegos tomaron la palabra a partir del color de la famosa púrpura tiria, de modo que *phoinikes* serían “los de la púrpura” y que el etnónimo aludiría al prestigio de los tejidos teñidos que exportaban estos comerciantes. Siguiendo la tradición griega, con el nombre de fenicios la historiografía contemporánea designa, aunque con matices, a las comunidades urbanas de lengua semítica asentadas en la costa levantina, sobre todo en el actual Líbano y zonas de Siria e Israel, con centros principales en Biblos, Sidón y Tiro. Los fenicios no formaron un Estado unificado, sino un conjunto de ciudades portuarias autónomas que compartían lengua, panteón y estilos artísticos, pero con identidades cívicas propias. Su trayectoria histórica abarca desde el segundo milenio a. C. en la órbita cananea hasta la plena Edad del Hierro, con un momento de máxima expansión entre los siglos XI y VI a. C. y una prolongación de su influencia en Occidente a través de Cartago y otras fundaciones hasta la conquista romana del siglo II a. C. La arqueología subraya su dominio en construcción naval, elección de fondeaderos, técnicas de conservación y transporte de mercancías. Para el mundo griego, estos navegantes fueron a la vez socios, competidores y mediadores técnicos. Desde los siglos IX y VIII a. C. se intensifican los contactos en puertos y santuarios compartidos y en ese contexto se sitúa lo que llamamos “periodo orientalizante” de la cultura griega, visible en motivos artísticos, formas cerámicas y

flexible, puertos y fondeaderos, técnicas de navegación y, sobre todo, una lógica de equivalencias que estabilizaba el trato entre desconocidos. El hierro, cada vez más accesible, permitió que sectores amplios adquirieran armamento suficiente. La panoplia asociada al hoplita¹⁰ dejó de ser un signo exclusivo de aristocracia cortesana. La adopción del escudo grande obligó a combatir en línea

repertorios religiosos. Dentro de este mismo entramado se produce la adopción griega de un alfabeto de raíz fenicia que se convertirá en la base de la escritura griega arcaica. Los mismos circuitos ayudaron a difundir hierro y otros metales, lo que contribuyó a que un número creciente de ciudadanos griegos pudiera costear una panoplia armada. Este trasfondo económico hace inteligible el paso de una élite de guerreros señoriales a una ciudad de hoplitas donde muchos más participan en la defensa y reclaman voz en las decisiones colectivas. Véase: Aubet, M. E. (1994). *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Crítica. Ercolani, A. (2023). *Phonikes. The history of an ethnonym*. Rivista di Studi Fenici, 51, 167–183. López-Ruiz, C. (2022). *Phoenicians and the making of the Mediterranean*. Harvard University Press.

¹⁰ La palabra panoplia procede del griego πανοπλία (*pan-* = “todo” y *hópla* (*ὄπλα*) = “armas, pertrechos”) y designaba el conjunto completo de equipo defensivo y ofensivo del hoplita ciudadano. En el periodo arcaico (siglos VIII–VI a. C.) esa panoplia incluía, en lo defensivo, un casco de bronce (sobre todo del tipo corintio y, algo después, calcídico o frigio), una coraza rígida de bronce en forma de campana o, más tarde, un linothórax de lino encolado y/o cuero, grebas de bronce para las piernas y, pieza clave, el gran escudo redondo (*aspis* u “hoplon”): un disco de unos 80–90 cm de diámetro, con núcleo de madera (a menudo recubierto de bronce y cuero), portado mediante un brazal central (*pórpax*) y una empuñadura periférica (*antilabé*). En lo ofensivo, el hoplita llevaba una lanza larga de empuje (*dóry*, en torno a 2–3 m) y una espada corta (*xíphos* recto o, algo después, *kópis* curvada) de hierro, que sólo entraba en juego cuando la lanza se rompía o la formación se deshacía. El conjunto pesaba del orden de 20–30 kg y, en las primeras fases, era sobre todo de bronce, mientras que el hierro se concentraba en las puntas de lanza y en las hojas de espada, cuyo abaratamiento contribuyó a que un número creciente de ciudadanos pudiera costearse un equipo aceptable. Para hacerse una idea visual de esta panoplia arcaica pueden verse conjuntos más o menos completos en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas (galería de bronce, con un escudo, grebas, varios cascos corintios, lanza y otros elementos expuestos como panoplia hoplítica), en el Museo Arqueológico de Argos (la llamada panoplia de Argos, con casco y coraza de bronce de fines del siglo VIII a. C.), en el Museo Arqueológico de Corfú (vitrina de armadura hoplítica con coraza y casco) y, fuera de Grecia, en el Museo Arqueológico Nacional de España —que conserva una coraza griega de bronce de ca. 620–580 a. C., así como en museos como el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, donde se exhiben corazas musculadas y otros elementos del equipo hoplítico.

cerrada, apoyando hombro con hombro, y la lanza larga desplazó el protagonismo del duelo heroico a la maniobra coordinada. La falange enseñó que la seguridad de cada uno se ancla en la disciplina de todos. La ciudad de los hoplitas ya no podía organizarse, por ello, solo por herencias y clanes de sangre. Ahora se precisaban órganos de decisión que diesen voz a quienes sostenían el muro humano. Esa redistribución de responsabilidades fue redistribución del poder y la palabra.

La población se recuperó, los asentamientos crecieron y con ellos el radio de interacción. Las ciudades comenzaron a fijar por escrito normas y calendarios.¹¹ Es aquí donde la innovación del alfabeto adquiere su alcance. A partir de un repertorio fenicio, los griegos incorporaron la representación de vocales, ajustando el sistema a la textura fonética de su lengua. El resultado, de fácil aprendizaje y adaptable a múltiples soportes, permitió extender la escritura a ámbitos antes vedados: no solo tablillas y archivos, también piedra

¹¹ Las primeras leyes “puestas por escrito” que conocemos en la Antigua Grecia proceden de Creta. En Dreros (c. 650–600 a. C.), una norma grabada en un bloque de piedra del templo de Apolo Delphinios limita la reelección del magistrado y prevé multas para el infractor. Su exhibición en el santuario ilustra bien la nueva función de la escritura como garantía de la regla y del juramento colectivo. Algo más tarde, en la misma isla, el célebre “Código de Gortina” (primera mitad del s. V a. C.), inscrito en largas columnas sobre el muro de un edificio cívico del ágora, sistematiza cuestiones de derecho privado —matrimonio, herencia, estatuto de esclavos— y muestra hasta qué punto la norma se había convertido en materia de inscripción durable y públicamente visible. En cuanto a los calendarios, además de las listas de magistrados anuales, desde el s. V a. C. se documentan en piedra calendarios sacrificiales locales (Erquia, Eleusis, Thorikos, etc.), que distribuyen fiestas y ofrendas a lo largo del año y articulan el tiempo cívico con el culto. Paralelamente, los llamados parapégmata o “calendarios estelares” correlacionan días, fases de estrellas y pronósticos meteorológicos, insertando la observación astronómica en un esquema escrito de cómputo del tiempo. En conjunto, estas inscripciones de leyes y calendarios dan cuerpo material a esa “memoria impersonal” inaugurada por el alfabeto griego: las reglas y las fechas ya no dependen solo de la voz de los magistrados o de los poetas, sino que se dejan leer, comparar y reformar. Véase: Gagarin, M. (1986). *Early Greek law*. University of California Press. Gagarin, M. (2008). *Writing Greek law*. Cambridge University Press.

pública, cerámica circulante, fragmentos de madera, paredes de santuarios. Leyes, listas de magistrados, tratados, multas y dedicatorias quedaron a la vista. Esa publicidad inauguró una forma de memoria impersonal: lo dicho podía releerse, compararse, corregirse y la norma escrita. podía invocarse contra el que pretendiera torcerla.

La *pólis* comenzó a definirse por esa tensión entre tradición y escritura, parentesco y ley. No abolió las jerarquías, sino que las reorganizó alrededor de un cuerpo cívico con derechos y obligaciones graduados. Religión, festivales, sacrificios y competencias aseguraron cohesión, magistraturas, consejos y asambleas articularon procedimientos de decisión.

En este marco, la *isonomía*¹² —igualdad ante normas comunes— se volvió aspiración y criterio para juzgar abusos, aunque de realización desigual y siempre controvertida. Que un conflicto se dirimiera por referencia a un texto visible en piedra o a un procedimiento conocido por todos no garantizaba justicia plena pero sí exigía razones que pudieran exponerse y examinarse. La práctica de dar y pedir razones, reiterada en tribunales y asambleas, fue escuela de argumentación.

El ejemplo de esta nueva práctica institucional incidió, además, en la manera de pensar la naturaleza. La navegación impuso hábitos de observación y cálculo —estrellas, vientos, corrientes— y la arquitectura requirió medidas y proporciones. La contabilidad

¹² El término griego *ἰσωνμία*, *isonomía*, formado por *ἴσος* (*isos*, “igual”) y *νόμος* (*nómos*, “ley, norma, uso”) suele traducirse como “igualdad en la ley” o “igualdad de derechos bajo la ley” y designa la idea de que los ciudadanos libres comparten de manera equilibrada tanto la sujeción a un mismo marco normativo como la participación en aquello que configura las leyes y las decisiones colectivas. En las fuentes antiguas el vocablo adquiere relevancia en el tránsito del siglo VI al V a. C. como parte del léxico político de Atenas y de otras *pólis*. Heródoto lo introduce en el célebre “debate persa” (*Hdt.* 3.80) donde *ἰσωνμία* aparece como alternativa a la monarquía y a la oligarquía y se elogia porque los cargos se asignan por sorteo, el poder rinde cuentas y la deliberación se realiza en público.

extendió el uso de equivalencias, listas y balances. La técnica, al generalizar reglas útiles, creó la expectativa de que en el mundo hay orden susceptible de descripción. No se abandonó completamente el mito —su capacidad de integrar pasado, identidad y rito siguió siendo indispensable— pero se abrió espacio al *lógos* como discurso que busca patrones estables, contrasta hipótesis y se somete a objeciones. El *lógos* re-definió así el territorio del mito que dejó de ser la única clave para interpretar fenómenos naturales cediendo terreno allí donde la regularidad y la medida proporcionaban mejores resultados.

La escritura reforzó la autonomía de este *lógos* o discurso racional. Un argumento fijado puede circular sin su autor, ser glosado y replicado, recibir contraejemplos o apoyos. La lista —de estrellas, de vientos, de ciudades, de tributos— opera como dispositivo cognitivo: obliga a clasificar, a comparar, a inferir. La tabla de pesos y medidas estabiliza intercambios y convierte la experiencia en algo acumulable. Este despliegue no implicó inmediatamente una alfabetización masiva pero sí la emergencia de élites letradas distribuidas por ciudades y puertos, capaces de sostener redes de discusión. Ese es, precisamente, el medio que permite comprender cómo una conjetura formulada en Mileto podía llegar a Samos, recibir objeciones en Éfeso y volver, reformulada, al punto de partida.

Las ciudades jonias, abiertas al mar y próximas a potencias orientales, fueron vasos comunicantes entre repertorios técnicos, mitos y costumbres. Mileto, nodo comercial con colonias y alianzas, articuló una tecnología del intercambio y una sensibilidad para el mapeo del mundo: ríos, costas, astros, rutas. No sorprende que allí se preguntara, por primera vez en sentido filosófico, por los elementos comunes a lo diverso, por lo que permanece bajo el cambio y por las transformaciones regulares. La pregunta por el principio —lo que fundamenta y ordena— brotó, así, en una cultura

acostumbrada a negociar equivalencias y a imaginar mecanismos que capaces de hacer conmensurables y comprensibles prácticas distintas.

La reorientación intelectual que comenzó a fraguarse en este momento podría resumirse como un paso desde el relato genealógico de fuerzas divinas y personales a la hipótesis sobre procesos y estructuras físicas autónomas. No se trata de contraponer “superstición” y “razón” en términos simplistas, sino de hacer evidente el cambio de expectativas y de métodos. Allí donde la regularidad era visible —ciclos astrales, estaciones, proporciones armónicas—, la explicación impersonal comenzó a resultar más convincente. Allí donde la contingencia y el rito siguieron articulando identidades —fiestas cívicas, memoria de fundaciones, juramentos—, el mito mantuvo, indeleble, su vigencia. En el cruce de ambos mundos, los primeros filósofos ensayaron un lenguaje que hablaba de causas materiales, de límites, de relación entre lo uno y lo múltiple, de tránsito y permanencia. Ese lenguaje, no obstante, no surgía del vacío sino estaba moldeado por instituciones que exigían razones y por una escritura que las hacía contrastables.

La multiplicidad de ciudades añadió dos factores decisivos: el deseo de imitación y la polémica sostenida. Sin un soberano único que sancionara ortodoxias, la reputación se convirtió en moneda intelectual. Escuelas y linajes de enseñanza compitieron por discípulos y por autoridad interpretativa. Este paisaje favoreció la divergencia: soluciones distintas a problemas comunes pudieron coexistir y enfrentarse. La divergencia, a su vez, obligó a refinar los criterios de discusión: ¿qué cuenta como evidencia? ¿qué tipo de inferencia es aceptable? ¿qué ámbitos admiten medición y cuáles no? La historia de las primeras teorías de la naturaleza es inseparable de ese experimento competitivo entre ciudades y maestros.

No puede omitirse, además, la dimensión ética y cívica que

acompañó a este giro. Quien toma la palabra en la asamblea o ante un tribunal aprende a sopesar consecuencias, a distinguir lo probable de lo demostrado, a aceptar que otros repliquen. Ese ejercicio de la atención y de la réplica moldeó la idea de *verdad* como aquello que resiste pruebas y no solo como lo que se venera. La costumbre de promulgar leyes por escrito y de revisarlas en fechas señaladas ancló la noción de corrección en procedimientos verificables. La fragilidad de la *isonomía* no invalidó su potencia formativa sino que e instaló, en la mente de los primeros griegos, el ideal de que las buenas razones deben poder ser escuchadas sin privilegios de cuna.

El influjo oriental —motivos artísticos, técnicas, calendarios, saberes astronómicos— fue también decisivo en este proceso y, sin embargo, no suficiente por sí solo. La originalidad griega no consistió en “inventar de la nada” sino, más bien, en recombinar ingeniosamente procedimientos de medición, publicidad y gobierno tomados de otras civilizaciones en un marco institucional que recompensaba la crítica. Su originalidad surgió así de la circunstancia que unió puertos, asambleas, escribas, artesanos y navegantes. La comparación constante con otros —lidiar con extranjeros, traducir monedas, ajustar pesos— afiló una sensibilidad para la equivalencia y la diferencia que se trasladó a las ideas: ¿qué comparten la madera y la piedra?, ¿qué tipo de cambio es compatible con la permanencia de una forma?, ¿cómo se mide un movimiento?, ¿qué es una prueba?

Desde esta perspectiva, la cronología que sitúa a Tales en el cambio de los siglos VII al VI a. C. deja de ser una fecha aislada para convertirse en el índice de una maduración. Que alguien proponga cartografiar, medir sombras para calcular alturas o atribuir a un principio material el papel de fundamento no se explica sin la nueva *polis* de los de hoplitas, sin el ágora donde se discuten causas públicas y sin el alfabeto que fijó argumentos.

Este paisaje intelectual, sin embargo, no debe idealizarse. La *pólis* arcaica coexistió con exclusiones severas: esclavitud, desigualdades de linaje y género, limitaciones cívicas. La alfabetización fue minoritaria y la tradición mítica siguió marcando calendarios y sensibilidades. Pero también aquí la escala importa: la dispersión en muchas ciudades, la movilidad de gentes y de objetos, y la ausencia de una ortodoxia religiosa imperial permitieron que innovaciones y correcciones circularan relativamente rápido. Una conjetura infeliz podía abandonarse sin que una autoridad la sancionara, una idea fértil encontraba circuitos para probarse. Ese dinamismo, aun atravesado por conflictos y retrocesos, dio una plasticidad inusual al espacio intelectual del mundo griego arcaico.

Al final de este recorrido, lo que aparece es un conjunto de condiciones que, combinadas, hicieron posible el tránsito del mito al análisis racional sin abolir completamente el primero: instituciones de deliberación, tecnologías de escritura y numeración, prácticas de medición, redes marítimas y una cultura del *agón*¹³ que premiaba la excelencia pública. En ese cruce, la idea de que el mundo es legible, comprensible por la mente humana empezó a ganar terreno. Legible, es decir, susceptible de ser dicho con palabras precisas, de ser puesto a prueba, de ser aprendido por otros sin necesidad de invocar linajes secretos. Comprensible, es decir, alcanzable por las simples fuerzas de nuestra razón y sentidos, sin

¹³ La expresión “cultura del agón” remite al lugar central que ocupa la competición reglada (*agón*) en la organización de la vida griega: no solo en los grandes juegos panhelénicos y en los concursos musicales o dramáticos, sino también en el litigio judicial, el debate político e incluso en la interpretación de los oráculos. En todos estos ámbitos se repite un mismo esquema: adversarios que rivalizan ante un público, reglas explícitas, jueces reconocidos y premios simbólicos o materiales. La virtud o *areté* se define como excelencia mostrada en la confrontación con otros, más que como cualidad meramente interior. De ahí que se haya hablado de un “ethos agonístico” que configura a la *pólis* como espacio de competencia entre iguales, donde el conflicto no se suprime, sino que se canaliza mediante procedimientos públicos de evaluación y decisión.

ayudas externas. Esa convicción —frágil, discutida, siempre incompleta— es el legado más profundo de los comienzos de la filosofía griega. A partir de ella, preguntar por la composición de la naturaleza y sus ciclos, por el límite y el cambio, por la estructura del cielo y el orden de la ciudad dejó de ser privilegio de poetas inspirados o de reyes y se convirtió en trabajo compartido de una comunidad que aprendía a escribir, a contar y a contradecir.

| Bibliografía

Barringer, J. M. (2014). *The art and archaeology of ancient Greece*. Cambridge University Press.

Boardman, J. (1998). *Early Greek vase painting: 11th–6th centuries BC*. Thames & Hudson.

Chadwick, J. (2014). *The decipherment of Linear B* (Canto Classics ed.). Cambridge University Press.

Cline, E. H. (2010). (Ed.), *The Oxford handbook of the Bronze Age Aegean*. Oxford University Press.

Cline, E. H. (2021). *1177 B.C.: The year civilization collapsed* (Rev. & updated ed.). Princeton University Press.

Coldstream, J. N. (2003). *Geometric Greece: 900–700 BC* (2nd ed.). Routledge.

Coldstream, J. N. (2008). *Greek geometric pottery: A survey of ten local styles and their chronology* (Updated 2nd ed.). Bristol Phoenix Press.

Dickinson, O. (2007). *The Aegean from Bronze Age to Iron Age*:

Continuity and change between the twelfth and eighth centuries BC. Routledge.

Langdon, S. (2008). *Art and identity in Dark Age Greece, 1100–700 BCE.* Cambridge University Press.

Lemos, I. S. (2002). *The Protogeometric Aegean: The archaeology of the late eleventh and tenth centuries BC.* Oxford University Press.

Morgan, C. (2003). *Early Greek states beyond the pólis.* Routledge.

Murray, O. (1993). *Early Greece* (2nd ed.). Harvard University Press.
Osborne, R. (2009). *Greece in the making, 1200–479 BC* (2nd ed.). Routledge.

Powell, B. B. (1996). *Homer and the origin of the Greek alphabet.* Cambridge University Press.

Snodgrass, A. M. (2000). *The Dark Age of Greece: An archaeological survey of the eleventh to the eighth centuries BC* (New ed.). Edinburgh University Press.

Ventris, M., & Chadwick, J. (2015). *Documents in Mycenaean Greek: Three hundred selected tablets from Knossos, Pylos and Mycenae with commentary and vocabulary* (2nd ed.). Cambridge University Press.

Whitley, J. (2001). *The archaeology of ancient Greece.* Cambridge University Press.

Woodard, R. D. (2014). *Greek writing from Knossos to Homer: A linguistic interpretation of the origin of the Greek alphabet and the continuity of ancient Greek literacy* (2nd ed.). Oxford University Press.

CLASE 3 | EL ALFABETO GRIEGO: UNA NUEVA FORMA DE PENSAR

La aparición de la escritura alfabética griega representó un acontecimiento crucial en la gestación de la filosofía. A diferencia del sistema ideográfico del lineal B, centrado en la contabilidad palaciega y reservado a las élites administrativas, el alfabeto griego, inspirado en el modelo fenicio, ofrecía una herramienta de escritura fonética completa, capaz de representar con precisión todos los sonidos de la lengua hablada. Esta innovación permitió una democratización sin precedentes del saber, posibilitando el acceso al conocimiento por parte de sectores cada vez más amplios de la población.

Al incorporar las vocales al sistema consonántico fenicio, los griegos lograron una lengua escrita clara, articulada y autosuficiente, que hacía posible comprender un texto sin necesidad de contexto previo. Este logro tuvo implicaciones filosóficas de enorme envergadura: permitió fijar conceptos, analizar argumentos y desarrollar un pensamiento crítico desligado de la tradición oral y de las castas religiosas. La invención de este alfabeto fonético

completo transformó radicalmente la estructura de la transmisión del saber, disolviendo su carácter esotérico y abriendo el camino para el pensamiento racional, público y argumentado: en una palabra, para la filosofía.

| Conceptos principales

Lineal B: Sistema de escritura ideográfico utilizado en la civilización micénica y empleado principalmente con fines administrativos. Su carácter visual y su enorme complejidad lo restringían a una élite de escribas palaciegos.

Alfabeto fenicio: Sistema consonántico semítico que carecía de signos gráficos para las vocales. Era eficaz en contextos limitados, como el comercio, pero dificultaba la lectura y comprensión autónoma.

Alfabeto griego: Primera escritura fonética completa de la historia. Al incorporar las vocales a un sistema consonántico preexistente, permitió un acceso claro, universal y eficiente al conocimiento escrito.

| Fechas clave

ca. 1100 a.C.: Desaparición del sistema de escritura Lineal B con la caída de los palacios micénicos y comienzo de la Edad Oscura.

ca. siglo IX-VIII a.C.: Contacto intenso entre griegos y fenicios gracias al comercio marítimo.

ca. 800 a.C.: Adopción y transformación del alfabeto fenicio por parte de los griegos.

ca. 750-700 a.C.: Formación del alfabeto griego completo, con incorporación de vocales.

ca. 650 a.C.: Extensión del uso del alfabeto griego y auge de las *pólis* arcaicas. Primeras inscripciones filosóficas y literarias.

| Resumen

Detenerse en la historia de la escritura griega no es un mero ejercicio de erudición lateral, sino un modo de comprender cómo ciertas condiciones alteraron el horizonte mismo de lo pensable. La Grecia micénica conoció un sistema eficaz para gestionar la complejidad de los palacios: el lineal B, una escritura de base silábica con abundantes logogramas destinada a inventariar bienes, asignar raciones y controlar entradas y salidas. Su escena de uso era el almacén, la oficina y el archivo, sus agentes, escribas formados al servicio de un poder centralizado. Allí se decidía qué merecía ser puesto por escrito, y el resultado —listas, cuentas, etiquetas— servía a la administración pero no al debate.

A comienzos del siglo XX, el hallazgo arqueológico y la clasificación paleográfica fijaron un antes y un después en el conocimiento de la escritura egea. Sir Arthur Evans¹⁴, durante las excavaciones de Cnosos a partir de 1900, distinguió y bautizó dos sistemas minoico-micénicos —lineal A y lineal B— y separó su ámbito de uso de los jeroglíficos cretenses. Muchas tablillas se conservaron gracias a incendios palaciales que, al calcinar el barro crudo, lo volvieron cerámico y resistente. La geografía de los hallazgos —Creta, Pilos, Micenas, Tebas— permitió comparar formularios y repertorios de signos y trazar familias gráficas.

El proceso de desciframiento de lineal B culminó en 1952 con Michael Ventris, sobre bases preparadas por una filología paciente —en particular, los cuadros combinatorios de Alice Kober— y afinado con la competencia lingüística de John Chadwick. La hipótesis, luego confirmada, de que lineal B ponía por escrito una forma de griego micénico desplazó hacia atrás varios siglos la

¹⁴ Cfr. Minecan, Ana María C. (2019). Guía de lectura La Historia del arte griego: de las Cícladas al helenismo. CEFA Ediciones.

historia de la lengua griega y explicó la recurrencia de morfemas, desinencias y nombres propios que emergían una y otra vez en las tablillas.¹⁵

El Lineal A, por el contrario, permanece sin descifrar. Aunque comparte numerosas formas gráficas con lineal B, todo indica que codifica una lengua no griega, probablemente minoica. Esa discontinuidad complica la transferencia de valores sonoros de un sistema a otro: semejanzas formales no garantizan identidades fonéticas. La documentación —breve y de perfil principalmente administrativo— y la ausencia de textos bilingües a la manera de la piedra Rosetta han impedido, hasta ahora, una solución concluyente

¹⁵ El desciframiento de lineal B cobró una fuerza persuasiva especial cuando se reconocieron en las tablillas nombres de dioses que reaparecen, casi sin solución de continuidad, en la religión griega histórica. En el ámbito micénico destacan, por su frecuencia, Poseidón (po-se-da-o / po-se-da-wo-ne, junto al epíteto e-ne-si-da-o-ne, “agitador de la tierra”), que parece ocupar una posición preeminente en Pilos y Cnosos y Dioniso, atestiguado en formas como di-wo-nu-so(-jo), hoy considerado uno de los testimonios más antiguos de su culto. A su lado aparecen diversas potniai (“señoras”), entre ellas la enigmática a-ta-na-po-ti-ni-ja, usualmente interpretada como una Atenea palacial, así como fórmulas colectivas como pa-si-te-o-i, “a todos los dioses”. El repertorio se completa con otros teónimos que remiten al futuro panteón olímpico: Artemis (a-te-mi-to / a-ti-mi-te), Hera (e-ra), Ares (a-re), Hermes (e-ma-a2), Eileithyia (e-re-u-ti-ja), además de figuras y epítetos como Potnia o Paiawon (pa-ja-wo-ne). Aunque la naturaleza administrativa de los textos impide reconstruir mitos o rituales con detalle, la concentración de estos nombres divinos en contextos de ofrendas, sacrificios y personal cultual indica que muchos rasgos del panteón “clásico” tienen raíces firmes en la Edad del Bronce tardía, varios siglos antes de Homero. Véase: Bendall, L. M. (2001). *The economics of Potnia in the Linear B tablets: Palatial support for a Mycenaean deity*. En R. Laffineur & R. Hägg (Eds.), *Potnia: Deities and religion in the Aegean Bronze Age*. Proceedings of the 8th International Aegean Conference, Göteborg University, 12–15 April 2000 (pp. 445–452). Liège: Université de Liège. Burkert, W. (1985). *Greek religion* (J. Raffan, Trad.). Cambridge, MA: Harvard University Press. (Obra original publicada en 1977). Chadwick, J. (1957). *Potnia*. *Minos*, 5, 117–129. Chadwick, J. (1958). *The decipherment of Linear B*. Cambridge: Cambridge University Press. Duhoux, Y., & Morpurgo Davies, A. (Eds.). (2008). *A companion to Linear B: Mycenaean Greek texts and their world* (Vol. 1). Louvain-la-Neuve, Belgium: Peeters. Duhoux, Y., & Morpurgo Davies, A. (Eds.). (2011). *A companion to Linear B: Mycenaean Greek texts and their world* (Vol. 2). Louvain-la-Neuve, Belgium: Peeters.

a su misterio.

El colapso de aquel mundo palacial interrumpió la continuidad de esa tradición escrita. Con la Edad Oscura desaparecieron no solo edificios y rutas, sino también la práctica ordinaria de la inscripción. La palabra volvió a depender de la voz de los poetas, de la memoria de linajes y de los rituales locales. Durante generaciones, el acceso al saber técnico y astronómico siguió asociado, en el Oriente cercano, a talleres especializados y a colegios de escribas, custodios de reglas y calendarios. La escritura, en esos contextos, no era un bien común sino un oficio, y su transmisión estaba protegida por una teología del secreto.

La reanudación de los contactos en el Mediterráneo, sin embargo, abrió un cauce distinto. Los fenicios, marineros y comerciantes, gestionaban transacciones a gran escala entre lenguas y costumbres diversas. Su repertorio gráfico —breve, manejable, rápido— respondía a esa necesidad de agilidad. El rasgo decisivo, desde la perspectiva griega, fue que aquel sistema era consonántico: anotaba consonantes y dejaba que el lector reconstruyera las vocales a partir del contexto y del uso. Tal economía de signos, apta para entornos donde escritores y lectores comparten de antemano un campo semántico común (contratos tipo, fórmulas litúrgicas, repertorios escolares), vuelve ardua la lectura de lo desconocido: si las vocales no se inscriben, la palabra ajena exige un saber previo que ayude a resolver ambigüedades. La eficacia del sistema resultaba notable en circuitos cerrados de práctica, pero comprometía su idoneidad para difundir materiales nuevos a lectores no iniciados.

La adaptación griega del alfabeto fenicio cambió el juego. Al incorporar signos vocálicos —reutilizando para ello letras fenicias superfluas—, los griegos construyeron un alfabeto fonético completo. El gesto condensa una importante innovación pedagógica: aprender a leer ya no exigiría memorizar miles de signos ni depender de la decodificación por contexto de cada término.

Bastaba con dominar unas pocas decenas de letras y hallar, en la combinación de consonantes y vocales, la clave para pronunciar y comprender. De ahí la potencia democratizadora del alfabeto griego: la instrucción elemental se volvió alcanzable en poco tiempo, escribir dejó de ser privilegio de un gremio sacralizado, y la lectura pudo comenzar a popularizarse sin la tutela constante de un especialista.

El cambio, sin embargo, no fue solo cuantitativo —menos signos, más velocidad—, sino cualitativo: lo que podía hacerse con la escritura se transformó. Un sistema que anota vocales permite leer palabras nuevas sin necesidad de conocerlas o haberlas escuchado antes, habilita la invención léxica, la precisión técnica y la definición explícita. El término recién acuñado —para una herramienta, una práctica o una noción— se vuelve legible para quien jamás lo oyó. El enunciado abstracto, cuyo sentido no depende de un ritual compartido, queda al alcance de lectores que no estuvieron presentes cuando se pronunció. Esa *independencia* absoluta del contexto inmediato cambió el umbral de acceso: ya no hacía falta ser miembro de una elite cerrada para desentrañar lo oculto en la escritura.

El telón de fondo comparativo permite apreciar mejor esta mutación. Las escrituras egipcias (jeroglífica, hierática y demótica) articulaban un sistema mixto de signos fonéticos y logográficos con rasgos que, por su misma riqueza, elevaban y dificultaban el umbral de entrada. La lectura, incluso para un experto, se apoyaba fuertemente en el contexto y la competencia cultural. Por ello, la formación prolongada era una condición estructural del oficio.

Algo semejante ocurría con el cuneiforme mesopotámico: un repertorio de signos que, a lo largo de más de dos milenios, mudó de valores y estilos, con polisemia y polifonía constantes, determinativos, complementos fonéticos y convenciones dependientes del idioma escrito (sumerio, acadio, entre otros). Su